

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



Cecilia Alferrina
Biblioteca Universitaria

17



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1976

real de sujeto y objeto en la unidad intencional del acto inteligente humano, es identidad real en Dios. Sólo en Dios, Ser y Entender se identifican realmente en el Acto puro infinito de Ser. El Sujeto no está en posesión de un objeto realmente *distinto* de Él, sino de un Ser o Verdad con la que se identifica. La identidad de Sujeto y Objeto, de Ser y Entender infinitos, en Dios, es real: es un Ser o Verdad infinita transparente y consciente de sí en el Acto de Entender, identificado realmente con Ella.

Esta identidad real de Ser y Entender en Dios es la que funda, en última instancia según Santo Tomás, la identidad intencional de sujeto y objeto del conocimiento humano.

De esa Unidad Real infinita de Ser y Entender proceden, por participación causal, los entes o verdades de las cosas y el entendimiento humano: aquello como participación del Ser o Verdad, éste como participación del Entender. El encuentro intencional de entender y ser, de sujeto y objeto en el seno único del acto inteligente humano, es participación y se funda en la identidad real de todo entender y de todo ser en el Acto puro de Ser y Entender divinos.

Y porque en Dios todo Ser o Verdad es su Entender, por eso también el ser de las cosas es verdadero o inteligible, y el ser espiritual es inteligente; y esta verdad o inteligibilidad de las cosas está esencialmente ordenada a la inteligencia humana, y correlativamente ésta está esencialmente ordenada al ser o verdad de las cosas, y desde éstas —que son por participación de la Verdad divina— a la Verdad misma de Dios.

La identidad intencional del conocimiento intelectual humano, constituido por la inmaterialidad perfecta o espiritualidad, el encuentro de ser y entender, realmente distintos, en la unidad de su acto de entender, se funda, en última instancia, en la identidad real del Acto puro de Dios de Ser y Entender que eminentemente se identifica con todo ser o verdad y todo entender.²⁰

²⁰ Cfr. DERISI, Octavio N., *La Doctrina de la Inteligencia de Aristóteles a Santo Tomás*, cap. III, donde están citados los textos más importantes de Santo Tomás, y transcrito el de *De Veritate*, 2, 2; *La Persona, su Esencia, su Vida y su Mundo*, cap. II, Universidad Nacional de La Plata, 1950.

EL HOMBRE SEGÚN LAS FILOSOFÍAS DE ORIENTE Y OCCIDENTE *

ISMAEL QUILES, S. J.

Universidad del Salvador
Escuela de Estudios Orientales
Buenos Aires, Argentina

CUANDO a mediados del siglo pasado, surgió en Europa el interés de los sabios por las culturas orientales, éstas aparecieron como un horizonte cultural distinto, a veces extraño y antitético, para la mentalidad europea. La necesidad de una comprensión se imponía para hacer una evaluación y corrección, si era necesario, de los clásicos puntos de vista de Occidente. Max Müller fue el primero en entablar el estudio comparado de las religiones. No era fácil adoptar el punto de vista equilibrado para comprender el mundo oriental. Los sabios europeos oscilaron entre la exaltación, casi exclusiva, de los valores de Oriente y las críticas unilaterales al mundo oriental, como nihilista o primitivo, frente a la evolución del pensamiento racional y de la ciencia de Occidente.

El correr del tiempo y el inmenso trabajo realizado por los sabios de Occidente y Oriente sobre los textos originales de las antiguas culturas de Asia han permitido contemplar con más serenidad el panorama. Los estudios comparados en el campo de la religión, la filología, el arte y la filosofía se han sucedido. Cada vez más tratamos de llegar a una comprensión más realista de los valores de Oriente y Occidente. El Proyecto Mayor de la UNESCO, que durante un decenio (1958-1968) promovió este acerca-

* El tema central del presente estudio fue desarrollado en forma de conferencia, pronunciada el día 22 de octubre de 1975 en el Aula Magna de la Universidad Nacional de Seúl (Corea). En esta redacción mantenemos la línea general del pensamiento, pero con nuevos desarrollos y precisiones.

miento comparativo y comprensivo, ha servido en los últimos años para intensificar las investigaciones de los especialistas en este sentido.

Pero la tarea no es fácil. Por una parte, es un hecho que las culturas orientales clásicas, desde el arte hasta la religión y las concepciones sociales, presentan estructuras distintas de las occidentales; una cosmovisión distinta y una concepción diferente del hombre y de su sentido en el mundo. Frente a este hecho un estudio comparado corre el riesgo o bien de acentuar las diferencias de modo que se anule la posibilidad de un diálogo intelectual entre el hombre de Oriente y el hombre de Occidente, o el de disminuir los rasgos diferenciales reduciendo a simples accidentes las diferencias y negando valor a lo específico de cada cultura, diluyéndola así en una forzada uniformidad.

Naturalmente, se ha impuesto en general el criterio realista de reconocer las diferencias, pero tratando de ver la base humana que une al hombre de Oriente y de Occidente más allá de las diferencias, e iluminando mejor ese fondo común con el aporte de las diversas culturas.

Sin duda que, entre todos los temas posibles de estudio comparado, el del hombre en sí mismo es central, tanto por el interés que en sí tiene como por las resonancias que extiende a todos los aspectos de la cultura. Sobre él es necesario volver una y otra vez. Más todavía cuando dialogamos los filósofos orientales y occidentales.

Reiteramos que aquí nos referimos a la "filosofía" sobre el hombre, es decir, a la concepción que del hombre tienen los filósofos en Oriente y Occidente. No tanto a los hombres en sí mismos, sino cómo ellos son interpretados por los filósofos. En otras palabras, comparamos la imagen teórica que del hombre, de su posición en el universo y de su destino se forman los pensadores orientales y occidentales. Es posible que los hombres en sí mismos, en su realidad existencial, sean más o sean menos parecidos de lo que la filosofía expresa. Aquí nos referimos a las "teorías" de los pensadores, filósofos o religiosos, que transmiten una determinada concepción a la masa y que sin duda influye en la vida práctica, en la actividad real, en la actitud frente al mundo y a la sociedad, a la cultura y a la religión.

En segundo lugar la gran dificultad que tiene en este punto todo estudio comparado debe ser tenida muy presente. No se trata de la comparación de dos bloques que en sí son homogéneos, sino que cada uno de ellos, lejos de presentar una fácil unidad doctrinaria, esté dividido en diferentes doctrinas y múltiples matices, antitéticos entre sí. El Oriente no nos ofrece "una" teoría, sino que dentro de Asia hay grandes diferencias doctrinales; India y

Japón presentan, evidentemente, un rostro cultural distinto. El Occidente, a su vez, no está menos fragmentado en su interior que el Oriente. Toda clase de teorías sobre el hombre se han sucedido y se han enfrentado, sucesiva y contemporáneamente. Espiritualismo-materialismo, monismo-pluralismo, realismo-idealismo, dogmatismo-escepticismo. No es posible reducir el Oriente a un común denominador y el Occidente a otro denominador también común. ¿Cómo es posible la comparación? La dificultad es real.

Sin embargo, es cierto, por otra parte, que si miramos en conjunto el panorama de las filosofías orientales encontramos ciertos rasgos predominantes; lo mismo sucede con las occidentales. Estos rasgos se han señalado y se han destacado y discutido con frecuencia. Ellos marcan "las diferencias" en la idea del hombre en Oriente y Occidente.

Pero, el estudio comparado no debe quedar sólo en lo que distingue, sino debe ser integrado con lo que une. Más aún, las diferencias sólo pueden ser apreciadas plenamente sobre un fondo común, que permite reconocer mejor su sentido, su valor y su proporción. Los aspectos que forman la base de unidad entre los filósofos de Oriente y Occidente no han sido notados con tanta frecuencia. No es fácil precisarlos, pues a veces quedan perdidos tras las líneas diferenciales más llamativas, por su contraste y antítesis.

Vamos a ensayar un bosquejo comparativo integral en torno al tema central de la idea del hombre en las filosofías de Oriente y Occidente.

I. LAS DIFERENCIAS

La idea del hombre está íntimamente relacionada en todas las filosofías con la idea del mundo y del Absoluto, con el valor y naturaleza de este mundo fenoménico en su pluralidad, movimiento y cambio de seres. Por supuesto, la idea del hombre aparece también íntimamente vinculada con la del Absoluto como Realidad última, única, incondicionada con la del Absoluto, como Realidad Íntima, única, incondicionada, inmóvil, subsistente en sí y por sí. En realidad, las diferencias que suelen señalarse entre las concepciones filosóficas de Oriente y Occidente engloban por igual al hombre, al mundo y al Absoluto. Señalemos algunas, que, a nuestro juicio, son más acentuadas.

1) *Unidad-Pluralidad*. El Oriente acentúa la unidad de los seres entre sí, y, por ello, la del hombre con el cosmos y el Absoluto; el Occidente, la pluralidad, la distinción entre un ser y otro, con valor propio y real para

cada uno. En la gran aporía metafísica de la unidad o pluralidad de los seres, es evidente que los filósofos orientales se inclinan por una unidad real y una pluralidad sólo aparente y precaria. La concepción monista es característica o al menos dominante en casi todas las filosofías de la India desde los Upanishads hasta el Yoga, desde el Vedanta Advaita hasta el Budismo. No menos se mantiene la visión unitaria en el Taoísmo, que tanta influencia ha tenido en el Confucianismo y en el Budismo del extremo Oriente.

La expresión de la "unidad cósmica" parece apagar la de la pluralidad de los seres; y el ideal de la "realización" oriental ha sido llegar a descubrir y alcanzar la vivencia de esa "unidad" esencial de mi ser y del universo.

En Occidente, el monismo absoluto ha tenido también sus representantes desde Parménides a Spinoza, y de algunos maestros místicos, pero las reacciones han sido siempre muy fuertes a través de toda la historia del pensamiento occidental. La refutación del monismo de Parménides por Aristóteles marca un espíritu de valorización de la "real pluralidad" de los seres, no sólo para los sentidos, sino también para la razón. Los filósofos judíos y cristianos, tanto aristotélicos como platónicos o agustinianos, así como los grandes representantes de la Filosofía occidental independizada de la Iglesia (Descartes, Leibnitz, Kant...) el mismo positivismo del siglo XIX, etc., trabajan sobre la idea de la pluralidad real de los seres. Es evidente que en Oriente no se halla un número tan considerable de escuelas "pluralistas", y que este hecho ha dado a la Filosofía y a la cultura, ciencia y técnica occidental un acento en el valor real y sustantivo de cada ser.

2) *Impersonalidad-Personalidad*. Otra diferencia, por lo demás, consecuente y coincidente con la anterior, es la insistencia del Oriente en dar la supremacía a lo impersonal sobre lo personal, y del Occidente por su parte en afirmar el valor supremo de la persona.

Recordemos la más aguda expresión del impersonalismo en la escuela advaita. Según ella la total indeterminación del absoluto es su verdadera realidad (*Nirguna*), y ella excluye la personalidad, que implica alguna determinación (*Saguna*). Recordemos también la persistente negación de todo sujeto en la doctrina budista, tanto Hinayana como Mahayana; para ambos la doctrina del "no yo" es fundamental y el ideal de la realización del "no yo" (*Nirvana*, *Satori*) es el ideal y el destino del hombre. Confieso que desde un principio me llamó fuertemente la atención, no sólo por la lectura de las grandes obras de la filosofía hindú y budista, sino por las conversaciones con los profesores universitarios y los monjes budistas e hindúes, el rechazo decidido de todo sujeto, de toda persona individual, de todo yo-real, como "ilusorio", como la ignorancia esencial, "avidya".

En Occidente el valor de la persona individual y del individuo como tal tuvo ya una base en Aristóteles, pero sin duda que la concepción del Dios personal en el judaísmo y en el cristianismo ha sido uno de los factores más decisivos para la valoración de la "persona", tanto en Dios como en el hombre. No creemos necesario volver sobre este punto. Si hay algún rasgo dominante en la filosofía y en la cultura occidental es el personalismo. Esta característica se ha ido acentuando con el correr de la historia y puede decirse que en el siglo XX el tema de la persona es uno de los más desarrollados por los filósofos. Sería interminable una bibliografía sobre la persona en la filosofía occidental de nuestro siglo.

3) *Absoluto-Relativo*. Otra acentuada diferencia entre las filosofías de Oriente y Occidente es que aquéllas de tal manera afirman la realidad del Absoluto, que lo relativo queda reducido —como lo plural y lo personal— a un fenómeno ilusorio. Lo Absoluto es la última realidad y la Única Realidad. Lo relativo, lo contingente, lo mudable, como lo personal e individual es ilusión, es *maya*.

Si no han faltado esfuerzos por precisar que lo relativo tiene también su propio tipo de realidad, lo cierto es que ha predominado, desde el budismo antiguo al contemporáneo, pasando por el clásico "vacío" de Nagarjuna, hasta el hinduismo de los Supanidhats de Shánkara o de los contemporáneos advaitas, la idea del mundo relativo como carente de realidad es una afirmación común, que forma parte esencial de su mentalidad y su concepción del universo.

En Occidente, en cambio, aunque se hallan también filósofos que nihilizan la realidad relativa, la gran corriente del pensamiento tiende a atribuir una auténtica realidad a los seres relativos, aunque sean limitados, contingentes y dependientes del Absoluto. En este tema coinciden no sólo los filósofos de inspiración cristiana, sino también el materialismo y positivismo, mucho más desarrollado en Occidente que en Oriente, y los filósofos de metafísica realista, desde Aristóteles a los del siglo XX.

4) *Espiritualismo-materialismo*. Tomamos estos términos en sentido amplio. No como la absoluta radicación del ser, no como la absoluta reducción del ser a espíritu o materia, sino como una tendencia a desvalorizar o exaltar el mundo material.

Con mucha frecuencia se ha reprochado a la filosofía india el haber olvidado los valores del mundo sensible y material, en aras de un espiritualismo elevado, pero desconectado de una parte de la realidad que el hombre debe también asumir, pues forma un todo con ella.

Al revés, en Occidente ha predominado la exaltación de la vida sensible, de los valores materiales, de la técnica, para utilizar al máximo el mundo material. No sólo los filósofos directamente materialistas y positivistas, sino los vitalistas de todas las épocas, los llamados "humanistas", etc. Es cierto que algunos filósofos místicos cristianos han exagerado la necesidad de una ascética y de un rechazo frente a las tentaciones del mundo material, pero los grandes pensadores cristianos han mantenido una posición más equilibrada de los valores y del sentido del mundo material creado por Dios, para que sea como el escenario y compañero de la parte espiritual del hombre.

5) *Destino como retorno-Destino como desarrollo*. Esta diferencia está relacionada con el destino del hombre y el sentido de su existencia. Son dos maneras distintas de concebir el "ideal humano" y su "realización".

Para la mayoría de los filósofos orientales el ideal del hombre es el retorno a la identidad con el Absoluto. Pero, de hecho, no es un retorno, sino una actuación por explicitación de lo que ya es plenamente. Porque este retorno se concibe, no como la adquisición de un nuevo ser, no de nuevas propiedades, o como el desarrollo de una capacidad ínsita del espíritu humano, sino como una toma de conciencia de lo que ya de hecho es; en otras palabras, la verdadera realidad y esencia del hombre es el Absoluto mismo que se manifiesta con una modalidad determinada. El descubrimiento de esta Realidad Absoluta, que ya es el hombre, es simplemente la comprobación y conciencia de su identidad con el absoluto. Es un retorno al mismo, pero sólo toma de conciencia de que ya se es. Iluminación y realización son lo mismo. No se trata pues de "adquirir nuevas perfecciones" sino de "experimentar" "realizar" lo que ya se es, es decir, el Absoluto mismo, el Ser puro, perfecto, ilimitado, de infinita felicidad y sabiduría en sí mismo.

El hombre occidental ha concebido más bien la "realización", como un proceso de adquisición, de *nuevas* cualidades, que van perfeccionando al ser humano. En Oriente se trata simplemente de "quitar", de "suprimir", de "negar" las envolturas opacas que impiden su realización en el ser del hombre plenamente. En Occidente se trata de "adquirir" nuevas perfecciones, de "desarrollar" las potencialidades, de "enriquecer" más al sujeto, en una palabra de adquirir lo que todavía no se tiene.

En Oriente al revés del Occidente, el objetivo es simplificar la realidad actual del hombre, de anular o dejar las estructuras ilusorias o negativas, para que aparezca la felicidad y perfección que ya se tiene. Tal vez esta diferencia explica la preferencia que se ha dado en Occidente a la adquisición de los bienes materiales, como parte de la felicidad y desarrollo del hombre, y,

en cambio, el menor interés que en Oriente se ha sentido por el mundo sensible y los valores de la materia. Porque no sólo la adquisición de nuevos conocimientos, y cualidades espirituales, sino también la de nuevas satisfacciones y del bienestar corporal forman parte de la felicidad y perfección del hombre.

6) *Intuición pura-Pensamiento racional*. Sin duda, como consecuencia de su misma concepción metafísica, hay una preferencia por el método intuitivo puro en Oriente y por el racional en Occidente. El camino para llegar a la iluminación o realización consiste para el Oriente en detener la corriente de los pensamientos, la actividad conceptual y discursiva, las imágenes cambiantes de la conciencia y alcanzar una intuición pura, un estado de conciencia inmóvil y a la vez plenamente despierta. Ésta es la condición esencial para que el verdadero ser del hombre, que en el fondo es el absoluto mismo, se reconozca a sí mismo y se "realice" en su esencia de ser, conciencia y felicidad puras infinitas. La cambiante actividad mental de las imágenes, los conceptos y los discursos, no hacen sino ocultar la verdadera naturaleza, esencia y realidad del hombre, y de mantenerlo en la ignorancia. Por lo mismo, las técnicas para la "autorrealización", tienen siempre este objetivo: llegar a la intuición pura, la conciencia pura, sin pensamientos y aun sin objeto determinado. La conciencia esencial en este punto es clara entre el hinduismo, el taoísmo, el yoga y el budismo. "Deja de pensar" es una de las consignas del budismo Zen. "La supresión de las modificaciones de la mente" es el ideal del yoga. Rechazar a todos los pensamientos que vienen de afuera es una de las técnicas recomendadas para la realización advaita.

Para Occidente, en cambio, la adquisición de nuevos conocimientos por medio de la actividad mental y racional es un método normal para el progreso del saber humano, no sólo en lo que se refiere al manejo del mundo material, sino también al conocimiento del hombre mismo. No sólo el gran desarrollo de la lógica, sino la misma reflexión metafísica, es considerada como el medio más adecuado para la comprensión de la realidad, para el conocimiento del ser y como la propedéutica para un conocimiento universal y de síntesis que integre en una visión unitaria del hombre, al mundo y al Absoluto, la materia y el espíritu. Aun cuando los grandes intuitivos y místicos de Occidente, verbigracia, Plotino, San Agustín, Eckart, San Buenaventura, Pascal, tienen la visión unitaria del todo en la experiencia directa del ser supremo sin embargo, el conocimiento racional sigue siendo un ejercicio y un camino que eleva por grados el alma hasta Dios. Recuérdese el *Tratado de la dialéctica* de Plotino y el *Itinerarium* de San Agustín.

Sin duda, estas diferencias son reales, considerables, considerándolas como

características "dominantes" aunque no "exclusivas". No hace falta que repitamos que tenemos plena conciencia de que todos los métodos y actitudes humanas se hallan representados en los filósofos de Oriente y Occidente; lo que simplemente observamos es que hay rasgos que están más pronunciados y generalizados en una que en otra, y ello le da un rostro peculiar, un estilo y una manera propia de concebir el hombre y su destino.

II. LA BASE DE UNA SÍNTESIS

Sin embargo, a pesar de las diferencias que agudizan a veces la antítesis entre el rostro de Oriente y el de Occidente, es posible hallar una corriente subterránea común, de la cual se nutre el pensamiento de ambas partes de la humanidad. Por otro lado, ello no es de extrañar, pues la experiencia humana fundamental es la misma, y por tanto, no puede maravillar que se exprese en una u otra forma, a pesar de las diferencias de los diversos enfoques que uno pueda dar a esa experiencia. Veamos, pues, cuáles son algunas de las coincidencias fundamentales que, más allá o por debajo de las diferencias, están uniendo a los pensadores de Oriente y Occidente.

1) *El problema del hombre.* La primera coincidencia entre las filosofías de Oriente y de Occidente es la preocupación central por el problema del hombre. Sin duda ninguna que el universo, su origen, su estructura y su historia han preocupado a los filósofos y teólogos de todos los tiempos. La cosmogonía era un tema común a los filósofos griegos y a los vates hindúes. No hay filosofía o religión que no se haya ocupado del origen y sentido del universo. Sin embargo, en el fondo de las primeras investigaciones sobre el universo se hallaba ya la pregunta por el ser y el destino del hombre. Ésta fue acentuándose a través del desarrollo de las filosofías y cada vez la vemos más clara en la historia de la filosofía griega y lo mismo sucede en las preocupaciones filosóficas religiosas y ascéticas del Oriente. Así, el problema de la felicidad será problema central de la filosofía griega, y el de la liberación, que en el fondo es coincidente, es el de la filosofía de la India. Y ello implica que la preocupación del pensador, del filósofo y del teólogo, del religioso y del místico, se halla centrada en el hombre mismo. Las famosas tres preguntas acerca del hombre, es decir, qué es, adónde va, cuál es el camino que tiene que recorrer, están presentes tanto en las filosofías de Oriente como de Occidente. En el fondo la filosofía es siempre humanista. Y el problema del hombre tiene una prioridad fundamental como valor supremo y como centro de preocupación. El universo sin duda ninguna atrae siempre al sabio, al filósofo, al cosmólogo, al teólogo y al místico. El problema de Dios no es menos seductor,

y el vértigo de lo divino atrae siempre a la humanidad. Sin embargo, tanto los problemas cosmológicos como los problemas teológicos cobran su pleno sentido desde el punto de vista del problema del hombre mismo, es decir, del interés y de la necesidad que el hombre tiene de comprenderse a sí mismo, de comprender su posición en el universo, su estructura y su destino. En este punto las filosofías de Oriente y de Occidente son perfectamente coincidentes, son en el fondo un auténtico humanismo. No en el sentido de un antropocentrismo que coloque al hombre como valor supremo, porque siempre se presupone que el valor supremo es lo Absoluto, Dios, sino en el sentido de que el problema más inmediato y urgente que el hombre tiene que resolver es el del hombre mismo.

2) *Qué es el hombre. La esencia del hombre.* Otra preocupación constante común a los filósofos de Oriente y Occidente es, naturalmente, la esencia del hombre. ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es su verdadera realidad? Porque tanto en Oriente como en Occidente los filósofos suelen distinguir dos aspectos o niveles de la realidad del hombre. Uno es el exterior, el superficial, el que está sujeto al cambio, una especie de corriente movediza siempre cambiante, y otro el plano donde se halla una realidad más profunda, más permanente, donde estaría la verdadera esencia del hombre. Hindúes y budistas distinguen siempre el yo ilusorio, exterior cambiante fenoménico, del yo real que es la esencia, la realidad íntima y verdadera del hombre. Lo mismo distinguen los filósofos griegos. Platón en el diálogo "Alcibiades" pone en boca de Sócrates le pregunta por el verdadero yo. Porque el verdadero "sí mismo" no es la parte exterior de los brazos, de las piernas y todo el cuerpo, sino una realidad interior que para Sócrates y Platón es el alma. Éste es el verdadero "sí mismo". Y el "autós" de Platón y el "atman" del hinduismo muestran la misma preocupación en Oriente y Occidente por conocer la "esencia del hombre", que está más allá de lo que en la exterioridad aparece. Es curiosa la preocupación por la realidad profunda del hombre y es curiosa también la distinción entre un yo real y un yo aparente, un yo originario fundamental y otro yo superficial.

3) *La realidad última.* Otro problema de coincidencia y de preocupación común es el de la "Realidad última". Tanto en Oriente como en Occidente se supone que más allá de este mundo fenoménico y cambiante, más allá de la pluralidad y mutabilidad de los seres, hay una Realidad que, en último término, es el fundamento, la base, el origen y el principio de toda esta realidad. Y esa Realidad es considerada como algo absoluto incondicionado, eterno, permanente e inmutable. Se la ha designado de muy diversas maneras en Oriente y también en Occidente, pero todas ellas están apuntando a una

misma Realidad, percibida comúnmente por los pensadores, los filósofos y los teólogos de ambos mundos. El brahman-atman del hinduismo, el Buda trascendente del budismo mahayana, el tao, son diversas denominaciones que en el fondo están apuntando a una misma Realidad. Están queriendo dar la última explicación, el último fundamento, la base Absoluta no-condicionada de todo el mundo real, de todo el mundo aparente y del hombre mismo. En Occidente los griegos comenzaron el filosofar con la pregunta por la "physis", es decir, por la naturaleza íntima y última de las cosas. Ellos mismos se preguntaron por el principio, que en el fondo coincide con la "physis" o naturaleza última de los seres; suponían que en todos los seres el principio era el mismo y que tenía un carácter absoluto, por cuanto era la última realidad en la cual se resolvían todas las demás diversas realidades y manifestaciones que constituyen el mundo de nuestra experiencia. La idea del Ser y la idea del Uno, que Platón, Aristóteles y Plotino elaboraron, cada uno a su manera, muestran la misma preocupación de llegar al fundamento de toda la realidad como algo que en sí es ya lo Absoluto.

Sin duda ninguna que hay, tanto en Oriente como en Occidente, interpretaciones que reducen la realidad al mundo puramente fenoménico, como serían las pequeñas escuelas materialistas de la India y las teorías fenomenistas de Occidente, desde Heráclito hasta el materialismo moderno. Pero, además de que de suyo constituyen un sector relativamente pequeño del trabajo filosófico, con mucha frecuencia las posiciones fenomenistas o materialistas son un aspecto enmascarado de alguna concepción del Absoluto, que, con frecuencia, reducen a la esencia última de la materia. Pero es evidente que "domina" en el pensamiento oriental y occidental la preocupación por hallar una Realidad Última y Absoluta, como fundamento del mundo fenoménico y transitorio.

4) *La experiencia humana.* Otro elemento común, en el cual necesariamente ha de moverse el Oriente y el Occidente, es el camino único y fundamental de la "experiencia humana", como el método y el instrumento y el campo a la vez de interpretación de la realidad del hombre y del universo. Se trata de un aspecto metodológico pero también metafísico. Es evidente que el medio para contestar la pregunta sobre el hombre, el universo y la realidad última es, ante todo, la experiencia que el hombre tiene de sí mismo y desde sí mismo. Éste es el único medio y el único recurso al cual en último término todos tienen que recurrir. Por tanto, el análisis de la experiencia humana, integralmente tomada, no sólo respecto del mundo externo, sino también de las vivencias interiores del hombre, es la base fundamental y, por cierto común a Oriente y Occidente, para resolver los grandes problemas de la filosofía, especialmente los problemas del hombre. Aun los filósofos más especu-

lativos y más racionalistas han de partir necesariamente de los datos que la experiencia externa e interna nos suministra, y han de volver a pasar por el tamiz de la experiencia sus conclusiones. Toda visión filosófica debe reconocer la realidad y los hechos que la experiencia nos muestra, y sobre ella poder ir construyendo las concepciones ulteriores del hombre y del universo. La experiencia humana como vivencia individual de cada filósofo, es siempre la base en la cual se apoyan los análisis que hacemos de la realidad del hombre, y vuelve a ser siempre la piedra de toque para comprobar si nos hemos apartado del recto camino de la interpretación. El medio de introspección, de concentración y de interioridad, sigue siendo común a Oriente y Occidente. Puede haber, tal vez, un mayor desarrollo de la especulación racional en Occidente. Pero cuando se llega a la base última de la interpretación de la realidad del hombre y del universo, se vuelve siempre a los primeros datos de la experiencia y sobre ella se debe construir el edificio de la filosofía. El mismo Aristóteles y el mismo Santo Tomás reconocen esta base, y, por cierto, que el último contiene afirmaciones fundamentales acerca de la necesidad de suponer siempre la experiencia propia del sujeto como base de todo conocimiento.

5) *La autoconciencia.* Con esto llegamos a otro punto también fundamental y común a la imagen del hombre en Oriente y en Occidente. Nos sorprendió extraordinariamente ver en Japón como en la India, que la tradición budista e hindú se hallaba muy viva, tanto en las universidades como en los monasterios, en relación con la importancia fundamental de la autoconciencia; tanto si se la considera como un método para la iluminación, como si se la identifica con la esencia y la realidad misma del hombre. Es decir, la autoconciencia como método y como estructura metafísica, sigue siendo el eje central de la filosofía de Oriente, para el budismo y para el hinduismo. La iluminación, el satori, la liberación, consiste fundamentalmente en el conocimiento de la esencia del alma, consisten en que el alma se conozca a sí misma en su verdadera naturaleza; en otras palabras, tome plena conciencia de sí misma. Esto es el "atman", esto es el verdadero "yo real", por oposición al yo ilusorio, el verdadero "ser" y éste es el único camino para la liberación.

Para nosotros este camino de la interioridad coincidía plenamente con nuestra propia experiencia filosófica que hemos denominado "insistencia". Este "estar en sí", esta plena autoconciencia, este descender a la máxima interioridad del propio ser para tener la plena conciencia de sí mismo, es para nosotros el método fundamental de la filosofía y a la vez la esencia misma del hombre, el "ser-en-sí". Este llegar a ser conscientemente, por una intuición interior en la conciencia individual, la realidad que somos inconscientemente, es un objetivo común a las filosofías de Oriente y Occidente.

En otras partes nos hemos referido a la coincidencia que en este punto hallamos en Occidente no sólo en autores interioristas, por así decirlo, como San Agustín, sino también en un autor de método racional y aristotélico como es Santo Tomás de Aquino. Su teoría del conocimiento como "reditio completa", coincide con la actitud fundamental de los filósofos de Oriente cuando proclaman la necesidad de la autoconciencia como fundamento para el conocimiento de la verdadera realidad del yo y del universo. Sin duda ninguna que el hombre es más perfectamente hombre, más plenamente "ser", cuanto tiene más conciencia de sí mismo, es decir, cuanto tiene más autoconciencia y por lo mismo tiene más autodecisión. De ahí que la ecuación "más ser = más conciencia" y "más conciencia = a más ser", que modernamente se ha formulado en Occidente, coincide con la doctrina fundamental de la autoconciencia del "atman", proclamada por los orientales.

6) *Autoconciencia y conciencia cósmica.* Pero la autoconciencia individual no es nunca para las grandes filosofías de Oriente y Occidente, una conciencia aislada, solipsista, sino que es, al mismo tiempo, reveladora de una Totalidad en que se halla inserta y que, en alguna manera, expresa. Efectivamente, la autoconciencia va siempre acompañada de la "conciencia cósmica", es decir, de la conciencia de la Unidad dentro de la cual todos los seres del universo son y se mueven. Hay diversos matices en Oriente y Occidente sobre el carácter de esta conciencia cósmica y del sentido de Unidad-Totalidad cósmica, que por la conciencia individual se descubre. En algunos casos, se llega al extremo de una inmersión absoluta, en que se diluye la realidad de la conciencia individual como una mera ilusión; en otros, se mantiene la conciencia de la Unidad cósmica no como pérdida de los individuos, sino como interrelación e integración de la multiplicidad real en un Todo coordinado y orgánico.

Pero lo cierto es que las grandes corrientes filosóficas coinciden en mantener la autoconciencia individual va acompañada de la conciencia cósmica, es decir de la conciencia que el individuo tiene de hallarse inserto en una Totalidad, en la cual todos los seres son, en alguna forma, solidarios entre sí, todos participan de todo y se hallan unidos por un fondo común de ser, que los unifica más allá de sus diferencias.

La "conciencia cósmica" llega a su máxima expresión en los místicos, tanto de Oriente como de Occidente. Porque es particularmente propia de la experiencia mística esa capacitación de la Unidad y Totalidad que relaciona todos los seres, por cuanto el místico tiene una experiencia directa del Absoluto que es el centro de unidad de la multiplicidad. En Él todo se encuentra, son hermanos, hijos de un mismo Padre y Principio. El Abso-

luto es el centro de cohesión en medio de las diferencias y oposiciones de los diversos seres entre sí.

7) *El hombre y el Absoluto.* Con ello llegamos a otro punto importante de la concordancia Oriente-Occidente. La obligada referencia del hombre al Absoluto.

En todas las grandes filosofías orientales la idea de la esencia del hombre y de su liberación está internamente ligada a la idea de un Absoluto, respecto del cual el hombre se halla dependiente, condicionado, relacionado, religado. A veces hasta la identidad total, como es el caso del brahmanismo y del Vedanta Advaita. Pero siempre la referencia es inevitable. Sin el Absoluto el hombre individual carece de explicación ni en su esencia ni en un destino. Ciertamente la referencia al Absoluto, al Fundamento incondicionado de los seres condicionados, es el eje de las filosofías orientales. El Absoluto, el Inmortal, el No-diferenciado, etc., es, por así decirlo, el tema más familiar de la filosofía oriental. Recordemos uno de los clásicos poemas medievales de la mística budista. Todo es Buda, y en este caso se trata de Buda trascendente, del Absoluto: "Todos los seres son esencialmente Budas. Sucede como con el agua y el hielo:

"No hay hielo sin agua;

No hay Budas fuera de los seres.

No conociendo cuán cerca de ellos está la verdad

(Buda), los seres la buscan lejos. . .

¡Qué infinito es el cielo del samadhi! . . .

Cuando el Absoluto mismo se presenta ante ti,

El lugar donde tú estás es la tierra del Loto,

y tu persona es el cuerpo de Buda." (Hakuin.)

El tema del Absoluto en la filosofía occidental arranca desde el origen griego del filosofar. Por Platón, Aristóteles y Plotino pasa a la tradición europea que recibe, por otra parte, la corriente judía de la concepción de un Absoluto Personal. Con la secularización de la filosofía en el Renacimiento y en la edad moderna, el Absoluto es diversamente concebido en el racionalismo e idealismo; pero si exceptuamos las escuelas puramente científicas, positivistas y antimetafísicas, la referencia del hombre al Absoluto sigue siendo una necesidad para las grandes corrientes del pensamiento occidental.

Creemos que estos puntos de coincidencia entre Oriente y Occidente en

la concepción del hombre constituyen una base importante no sólo para el diálogo, sino para una comprobación de la unidad de la experiencia humana más allá de todas sus diferencias regionales, raciales, religiosas e ideológicas.

Nos parece de suma importancia tomar conciencia de esta amplia base común, cuando llegamos a lo más profundo del ser humano. Creemos que no se atiende suficientemente a esta identidad fundamental de problemas comunes a Oriente y Occidente. No nos impactarían tanto las diferencias algunas de las cuales resultan periféricas, en comparación de esta convergencia hacia una inquietud común y hacia un punto de referencia que, en el fondo, es el mismo.

Ello es tanto más válido cuanto que las diferencias que hemos apuntado no son "exclusivas" de Oriente y Occidente, sino simplemente "predominantes" o más generalizadas. Pues, de hecho, todas las teorías pueden hallarse entre los filósofos orientales como entre los occidentales.

En cambio, la conciencia de que partimos de una experiencia humana que se plantea a sí misma en los mismos términos originales, y que se expresa con los mismos interrogantes acerca del ser y del destino del hombre, abre una nueva perspectiva para el estudio comparado de las filosofías de Oriente y Occidente.

LUGAR Y UBICACIÓN

J. E. BOLZAN

Pontificia Universidad Católica
Argentina — Facultad de Filosofía *

"Pero el tacto, el sentimiento, los discursos
concertados que entre mí hacia, me certifica-
ron que yo era allí entonces el que soy aquí
ahora."

CERVANTES, *Don Quijote*, II, 23

EN UN TRABAJO anterior, publicado en este mismo *anuario*,¹ sosteníamos que debe eliminarse del tratamiento filosófico del ser natural todo aquello que signifique aceptar en él y positivamente algún estatismo: el ser es y es indisolublemente dinámico (primordialmente con el dinamismo que comporta su acto de presencia), y su potencialidad sólo aparece, rigurosamente hablando, cuando un ser en concreto entra en interacción con otro ser; en cuyo caso, si se da un proceso con resultante no nula, es posible hablar de una relación de acción-pasión y desde ésta atribuir "potencialidad" al que en esas condiciones aparece como móvil. Todo cuanto se puede decir *del* ser surge fontalmente de la relación interactiva de *los* seres entre sí y con relación a nosotros: no hay camino real hacia el ser como no sea pasando por las horcas caudinas del *agere*.

Pero, a su vez, este *agere* debe ser interpretado con toda rigurosidad, siendo simple la substancia material como un todo la que co-existe y co-

* Director del Centro de Investigaciones Filosófico-Naturales y miembro de la Carrera de Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina.

¹ "La incompenetración de los cuerpos", *Anuario Humanitas*, 1974, n. 15, pp. 113 sigs., donde se hallarán también varias de las ideas básicas del presente escrito.